Las chabolas trepan a la â??Torre Eiffelâ?• de Caracas

DescripciÃ³n

armando.info

Bienvenidos al barrio de chabolas mÃ¡s alto del mundo. La distinciÃ³n no se refiere a su altura sobre el nivel del mar. Lo que le da su tÃtulo es la verticalidad respecto al pavimento de la avenida AndrÃ©s Bello de Caracas. Son casi 200 metros desde la calle hasta la cÃºspide del bloque A del conjunto, a la que corona una plataforma diseÃ±ada como helipuerto.

A decir verdad, usted, o cualquier otro espontÃ¡neo, tampoco serÃ¡ necesariamente bienvenido. Las visitas estÃ¡n estrictamente controladas. Si consiguiera traspasar el control de la porterÃa, coordinadores de seguridad le preguntarÃ¡n en cada piso a quÃ© viene. MÃ¡s les valdrÃ¡ tener una buena respuesta. De ser periodista, el visitante deberÃ¡ andar en compaÃ±Ãa de Alfredo, el coordinador de prensa nombrado hace meses por la Cooperativa Caciques de Venezuela, que gobierna el lugar. Escarmentados por la fama de guarida de malhechores que se ganÃ³ la comunidad, sus jefes instruyeron a Alfredo para evitar la mala prensa equilibrando los puntos de vista de los reporteros, que sin duda seguirÃ¡n llegando en tanto este sitio conserve su atractivo como parque para el safari periodÃstico.

El lugar se llama la Torre de David. Cuando se iniciÃ³ su construcciÃ³n en 1990 iba a ser un edificio de oficinas de fachada espejada â??en realidad, dos edificios, uno de 45 pisos y otro de 20 y un mÃ³dulo para estacionamiento de 10 pisosâ??, el tercero mÃ¡s alto de Venezuela y el octavo de AmÃ©rica del Sur. Pero la muerte de su promotor y una enorme crisis financiera, entre otras debacles que han asolado al paÃs, congelaron las obras a medio terminar. Como una ruina moderna, la estructura permaneciÃ³ erguida, primero a manera de homenaje de algÃºn agravio colectivo, luego como una instalaciÃ³n de estÃ©tica discutible e inquietante.

En 2007 una invasiÃ³n tolerada por el Gobierno chavista le consiguiÃ³ un propÃ³sito prÃ¡ctico. Los ocupantes, alrededor de 2.000 procedentes de barrios pobres de toda el Ã¡rea metropolitana, se organizaron en torno a un lÃder, Alexander *El NiÃ±o Daza*, convicto dos veces y regenerado en prisiÃ³n como pastor evangÃ©lico.

El NiÃ±o Daza dejÃ³ de ser solo un nombre de las pÃ¡ginas rojas a comienzos de 2013 cuando una crÃ³nica extensa sobre la torre firmada por Jon Lee Anderson para la revista *The New Yorker* le

concediÃ³ potencial de personaje literario. Su ascenso al Olimpo de la ficciÃ³n culminÃ³ en octubre del pasado aÃ±o en el horario estelar de la cadena estadounidense FOX. Esa noche se estrenÃ³ un capÃ-tulo de la teleserie *Homeland*, el tercero de la temporada, en el que su protagonista, Nicholas Brody, llega a la Torre de David con una herida de bala en el estÃ³mago. Lo recibe un *NiÃ±o Daza* de libreto, que poco se parece al real.
Y. L. es una mujer de treinta y tantos que no tendrÃa problemas en saber quiÃ©n es Nicholas Brody, si aÃºn no lo supiera: la fachada oeste de la torre estÃ¡ erizada de parabÃ³licas que brillan igual que espinas. Como habitante real â??y provisional, aclaraâ?? de la torre, su testimonio destiÃ±e la imagen que frente a muchos caraqueÃ±os tiene el edificio: la de un nido del crimen. "Lo que me gusta de acÃ¡ es la seguridad", cuenta. "AllÃ¡ donde yo vivÃa, mientras esperabas el *jeep* [el transporte] para subir al barrio, en cualquier momento se armaba la plomazÃ³n. Nada de eso pasa acÃ¡".

El David de la torre no es el rey de los judÃos. Se trata de otro David, de apellido Brillembourg, un magnate financiero que quiso erigir este edificio como sÃmbolo de su poder terreno. Sin embargo, las resonancias bÃblicas del remoquete que quedÃ³ asociado a la construcciÃ³n tienen cierta correspondencia con el orden evangÃ©lico que prevalece. Porque aunque una invasiÃ³n siempre entraÃ±e violencia y, en este caso, la conduzcan expresidiarios, la vida diaria de los pobladores de la torre parece dirigida por una versiÃ³n edulcorada del culto. Las columnas del atrio del complejo estÃ¡n pintadas de colores rosado y verde pistacho. Las oficinas de las diferentes dependencias de la cooperativa se identifican en los umbrales con rÃ³tulos hechos con letras de cartulinas de colores. En la iglesia donde el propio *NiÃ±o Daza* oficia el servicio, repleta de sillas de plÃ¡stico, reposan los instrumentos de la banda musical que anima sus ceremonias.

armando.info

Esto no quiere decir que haya que pertenecer a esa iglesia para conseguir techo en la torre. De hecho, son pocos los inquilinos que asisten a misa. Pero el rÃ©gimen interno estÃ¡ por completo inspirado en los valores evangÃ©licos, un culto muy extendido en las cÃ¡rceles venezolanas.

El dÃa que *EL PAÃ•S* visitÃ³ la Torre de David no estaban presentes ni *El NiÃ±o Daza* ni Alfredo, el oficial de prensa. Ambos se encontraban de viaje en una misiÃ³n vinculada a la gestiÃ³n del edificio, explicÃ³ la secretaria de la cooperativa. Por paradoja, sus ausencias dieron una oportunidad para recorrer el edificio hasta el piso 10, el Ãºltimo al que llegan, por las rampas del estacionamiento, los motociclistas que cobran 20 bolÃvares (algo menos de treinta cÃ©ntimos de euro a la paridad Sicad 2, una de las tasas de cambio oficiales en Venezuela) por recorrido. A cambio, las personas con quienes se pudo conversar se mostraron esquivas y a la defensiva, a sabiendas de que podrÃan estar trasgrediendo las fronteras de la versiÃ³n oficial.

En la comunidad se aceptan parejas y grupos familiares, nunca hombres solos. Son 800 familias venidas de todas partes. Pagan alrededor de 20 euros al mes para el mantenimiento. Sin elevadores, el ascenso diario a sus residencias se asemeja al del GÃ³lgota. Las personas mayores se abstienen de salir con frecuencia, porque, como se dijo, si bien hay motocicletas que permiten salvar un tramo del ascenso a pie, no siempre se dispone de dinero para pagarlas. Los camiones que transportan materiales para la construcciÃ³n los llevan hasta el piso 10, lo que subraya el mÃ©rito de quienes han levantado sus viviendas en los pisos superiores. En el edificio A de la torre, el mÃ¡s alto, los colonizadores han escalado hasta el piso 28 de 45. En el B, a todas sus 20 plantas.

La casta privilegiada de los inquilinos vive entre los pisos 8 y 12: bastante abajo como para aprovechar el enviÃ³n de las motocicletas, pero lo suficientemente arriba como para evitar la pestilencia de los

desechos que se acumulan a un costado de la estructura. Los demÃ¡s enfrentan el desafÃo cotidiano de hacer de sherpas, cargados de vituallas, para conquistar las alturas, castigo que se equilibra con un privilegio que, por cierto, comparten con sus pares de las villas miserias de los cerros que rodean Caracas: desde esas alturas gozan de algunas de las mejores vistas de la ciudad y su valle.

Por supuesto, la precariedad de estas viviendas empotradas en una colmena de hormigÃ³n, trae problemas. Uno es la engorrosa disposiciÃ³n de los desechos sÃ³lidos. Si bien hay comisiones que se encargan de ello en cada piso, siempre es fuerte la tentaciÃ³n de optar por el mÃ©todo expedito de arrojarlos al vacÃo. Quien lo hace se arriesga a sanciones que incluyen la expulsiÃ³n de la comunidad. Pero los desechos se siguen acumulando en el lado noreste de la torre y la fetidez reina en su planta baja, seÃ±al de que la disuasiÃ³n funciona poco.

Otro problema es el suministro de agua. Los habitantes se las ingeniaron para tener acceso al servicio mediante un sistema de bombas. Aun asÃ, la presiÃ³n es poca y se asignan turnos para que a cada piso llegue el agua cada ocho dÃas, en promedio, y puedan rellenarse los tanques.

Pero en general, la sensaciÃ³n predominante entre los residentes es la de quienes mejoraron de condiciÃ³n. Ahora viven a dos pasos de la lÃnea principal del metro de Caracas y no tienen que levantarse tan temprano para llegar a sus lugares de trabajo o estudio. TodavÃa mejor: en algunos casos, han conseguido sus lugares de trabajo o estudio dentro de la Torre de David.

armando.info

Abastos, comedores u otros expendios informales se han instalado en algunos apartamentos. Manicuras y peluqueras ofrecen sus servicios. En una vivienda del piso 15 â??montan bracketsâ?•, los aparatos de ortodoncia que entre la juventud de las zonas populares se han convertido en sÃmbolos de estatus junto a las zapatillas deportivas Nike y las cadenas gruesas (llamadas â??guayasâ?•) de oro o imitaciÃ³n. En noviembre del aÃ±o pasado incluso se operÃ³ el milagro de llevar la montaÃ±a a Mahoma cuando la cercana escuela estatal Ana MarÃa DelÃ³n del barrio Pinto Salinas â??donde muchos de los niÃ±os residentes en la torre estudianâ?? mudÃ³ temporalmente sus clases a uno de los muchos espacios sobrantes de la planta baja del complejo mientras reformaba sus instalaciones.

"Ni leyenda negra ni leyenda blanca", dice la fotÃ³grafa Ã•ngela Bonadies, una de las primeras documentalistas que prestaron atenciÃ³n a este fenÃ³meno urbano. "En la Torre de David vas a encontrar lo mismo que en cualquier barrio de Caracas".

HabrÃa que tomar en cuenta algunas caracterÃsticas especiales por las que este lugar no puede resumirse como una simulaciÃ³n de las villas miserias. Primero, su verticalidad: "A diferencia de otro barrio", reconoce Bonadies en sus propias experiencias de tres aÃ±os registrando el lugar en fotografÃas, junto a su colega Juan JosÃ© OlavarrÃa, â??en los pisos mÃ¡s altos te agarra la sensaciÃ³n de que si te pasa algo, no hay para dÃ³nde correrâ?•. Luego, la impronta con que lo marca la sÃntesis entre la cultura carcelaria y el credo evangÃ©lico.

Gracias a esa y otras singularidades, una ciudad que no tiene una Torre Eiffel o un Obelisco de la avenida 9 de Julio, que intentÃ³ sin Ã©xito convertir la silueta de las torres gemelas del Centro SimÃ³n BolÃvar â??un modesto centro cÃvico de los aÃ±os cincuentaâ?? en su emblema, ahora se encuentra con la Torre de David como su hito indeseado. No debe ser el tipo de sÃmbolo que David Brillembourg procuraba.

La crÃ³nica sobre la Torre de David va en camino de consagrarse como un gÃ©nero periodÃstico en sÃ mismo. Es como ir a la Ciudad de los Muertos en El Cairo: mezcla de rareza, color local y cierta mirada paternalista sobre la pobreza en el Tercer Mundo.

En septiembre de 2012, la Bienal de Arquitectura de Venecia otorgÃ³ su LeÃ³n de Oro a un proyecto-instalaciÃ³n llamado Torre de David/Gran Horizonte que presentÃ³ a concurso el estudio Urban Think Tank de ZÃºrich, Suiza. El veredicto fue recibido con indignaciÃ³n en Venezuela y encendiÃ³ la polÃ©mica mucho mÃ¡s allÃ¡ de los linderos de la comunidad de arquitectos. Era como si las vergÃ¼enzas mÃ¡s Ãntimas de la ciudad hubiesen quedado al aire, expuestas a la sorna de unos comisarios europeos mÃ¡s pendientes de los exotismos que del drama social que esconden. Para enardecer aÃºn mÃ¡s a los crÃticos, el equipo premiado incluÃa entre sus integrantes a un arquitecto venezolano, Alfredo Brillembourg, pariente de David.

La consagraciÃ³n de la Torre de David como lugar metafÃ³rico de la trama de *Homeland* â??las escenas del capÃtulo en realidad se rodaron en una locaciÃ³n de Puerto Ricoâ?? colmÃ³ la paciencia de algunos venezolanos, sobre todo de voceros del Gobierno cuya propaganda se precia de los logros sociales de la autodenominada RevoluciÃ³n Bolivariana. "Sus directores van directamente a la torre, que intentan colocar como el nuevo sÃmbolo de la capital venezolana", se quejaba el autor de una columna de opiniÃ³n difundida por una agencia estatal de informaciÃ³n, "Â¿quÃ© razones hay para que Venezuela aparezca en una serie que el presidente Obama abiertamente apoya y anima a ver, y que cuenta con el respaldo y el apoyo de la CIA? Â¿Es una especie de preparaciÃ³n para que el pueblo estadounidense justifique cualquier agresiÃ³n a nuestro paÃs? El tiempo lo dirÃ¡".

armando.info

Fecha de creaciÃ³n
2014/07/22